

Quando la cabeza va de cacería: las artimañas de la imaginación

María Alonso
Departamento de Antropología Social
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

En este escrito pongo de manifiesto las distintas representaciones que algunos niños españoles entre 8 y 12 años tienen sobre su imaginario de lo que eran los americanos antes de la llegada de Colón. Este tema¹ es tratado básicamente a través de relatos orales mediante los cuales estos niños definen catorce tipos de pobladores prehispánicos: indios, negros, nativos, tribus, caníbales, prehistóricos, incas, vikingos, gente, personas, hombres, habitantes, árabes, romanos. Así, en el texto presento, explico y de cierta manera interpreto cada una de estas concepciones que desde sus *modelos de adscripción*, muestran a América no siempre desde la "verdad histórica", sino más bien desde la utilización de todos los *útiles del "bricolage" intelectual*. De esta manera, La América Prehispánica aunaba a todos los pobladores posibles. Por influencia del repertorio de imágenes cinematográficas, es confundida en gran parte de los casos con Africa, paradigma de todo lo exótico-primitivo.

NOTA

¹ Uno entre otros temas que abordo en mi investigación doctoral sobre la infancia y la niñez desde la concepción antropológica.

Un informante definió el concepto "imaginar" como *sacar a la cabeza de cacería*. Cualquiera que haya intentado alguna vez atrapar un animal o una idea, sabe que es difícil hacerlo con las manos desnudas, sin conocer las tácticas de aproximación, las armas de la caza. Por ello pienso que podemos hablar ahora de cómo los Antropólogos podemos "cazar a los niños", y cómo, por otro lado, pueden los "niños cazar a criaturas" tan distantes como los habitantes de la América Precolombina.

Metodológicamente, el estudio antropológico de un grupo social que pertenece, a grandes rasgos, a la misma cultura que el investigador siempre presenta, junto con una serie de innegables ventajas (como son el compartir la misma lengua, los mismos códigos de comportamientos y referencias histórico-sociales comunes), los inconvenientes propios de la cercanía, inconvenientes, que por estar enmascarados de empatía, se convierten en verdaderos sabotadores del trabajo de campo. El que vive en la ciudad que estudia a los habitantes urbanos, la mujer que utiliza a mujeres como informantes y todo



antropólogo que se adentre en ámbitos explícitamente vivenciales, en los que más que hablar de observación participante debemos hacerlo de cuasi-identidad, tiene necesariamente que extremar la labor de autocrítica, sujetar sus palabras y su imaginación en el borde mismo del "es lo que yo pensaba", para impedir, en la medida de lo posible, que lo que externamente, tiene el aspecto de un trabajo de investigación antropológica no sea, a fin de cuentas, una novela realista en la que el escritor escamotea la mano creadora.

A lo largo de los últimos años, mientras aprendía a ver el mundo a través de los trazos que las conversaciones con mis informantes, sus textos y sus dibujos ponían ante mí, muchas veces me sentí como andando en una cuerda floja, obligándome a mirar al frente para poder seguir avanzando, pero tentada una y otra vez a mirar hacia atrás y hacia abajo. Normalmente el trabajo etnológico implica un brusco desplazamiento en el espacio, un extrañamiento no solamente cultural sino físico, como un chamán que para poder curar necesita demostrar que "estuvo allí", el etnólogo a través del viaje y de su relato, de las fotografías en las que comparte su vida cotidiana con los "exóticos", debe mostrarse así mismo y a los otros las señales de la alteridad, para después irse poco a poco asimilando a los hombres cuyas costumbres, extrañas en un principio, se convierten para él en variantes de la actividad humana. Mi experiencia de trabajo de campo es muy diferente, pertenezco a una sociedad que heredó del Romanticismo la nostalgia por el tiempo feliz de la infancia; como diría Rilke, *la única patria del hombre*. Para realizar mi investigación con niños españoles solo me desplazé unos pocos kilómetros del lugar donde yo misma había vivido mi niñez y las fotos que podría enseñar de mis informantes no sorprenden a nadie. Todo adulto sabe como son, ha convivido con ellos y, lo que es más importante, ha sido ellos. Esta es la razón principal por la cual es difícil aceptar que pueda tener algún interés su estudio, al

margen del puramente manipulatorio (para conseguir con ello que aumenten su rendimiento escolar, o que sean buenos ciudadanos). Solo Firth puede hablar con autoridad de los tikopia y cualquier opinión sobre los nuer tiene que pasar por lo escrito por Evans Pritchard; sin embargo, toda persona puede opinar y rebatir las teorías que tengan a la infancia como referente.

Desde que en 1991 comencé mis temporadas de campo, comencé también a constatar como, frente a los adjetivos "interesante" y "curioso" que despertaban los relatos antropológicos de mis colegas, los míos generaban "bonito", palabra que acabó convirtiéndose para mis trabajos en un epíteto igual que blanca nieve. Sin embargo, lo que era para los otros una amable disertación sobre lo que pensaba esos inofensivos y simpáticos seres que son los niños, me suponía una reformulación constante de mi propia historia personal cada vez que me enfrentaba al trabajo de campo. Mi viaje se había desarrollado más a través del tiempo que del espacio y mi lucha no era contra el barro, el hambre y la incomodidad. El mítico desarraigo y la soledad del etnólogo de la tierra extraña, añorando su casa y su mundo, se había convertido en mi imposibilidad de volver a ninguna patria pero teniendo siempre presente su espejismo: lo que creía en un principio que era *yo misma* me había convertido en *otra*. El antropológico proceso que va del extrañamiento a la empatía se había invertido.

Mi relación con los informantes y la de estos con los personajes americanos también se desarrollaba de un modo especular, reproduciendo relaciones de dominio simbólico. Mis primeros encuentros con los niños con quienes iba a trabajar estaban guiados por las imágenes predefinidas que tiene sobre ellos un adulto español, de la misma manera que sus actitudes y respuestas me asimilaban a cualquier persona mayor de su misma sociedad a la que se debiera respeto. Ambos conocíamos la asimetría de nuestra relación

e intentabamos reconocernos acudiendo a las armas que nuestra cultura nos ha concedido, los estereotipos. Mis informantes al imaginarse la vida de los americanos antes de que llegara Colón reproducían, en plena euforia del Quinto Centenario, un esquema similar de dominio y subordinación.

Los niños españoles son los herederos de una compleja trama histórica de alianzas y de enfrentamientos. La posición mundial de España pasó de agresivo imperio a forzado país de emigrantes, para ser convertido ahora en un lugar fronterizo entre Europa, África y América. La lejanía temporal y la acumulación de siglos de miradas de conquistadores, misioneros, cineastas, historiadores, etc. sobre América, ha construido en España una tipología de lo posible en la época hispánica, textual y visual a la cual poder acudir aunque nunca se haya estudiado historia, y esta tipología está basada, igual que la del adulto sobre el niño, en la conciencia de lo que es distinto e inferior.

El estudio de los procesos de estereotipación, ha estado siempre relacionado con los prejuicios étnicos y a menudo se ha visto convertido en un listado de las características que unos grupos atribuyen a otros. Esta focalizada discusión obvia una circunstancia fundamental: La tipificación es una abstracción necesaria para la comprensión del mundo cotidiano, sin la cual estaríamos abocados a la locura, y presenta una dimensión morfológica y, a la vez, histórico - procesual. Se basa en una experiencia de la realidad consensuada, heredada y lógicamente coherente. Sobre esto decía Clifford Geertz (1995: 25): "ciertas clases de estructuras y ciertas clases de relaciones entre ellas se repiten de una sociedad a otra por la sencilla razón de que las exigencias de orientación a que sirven son genéricamente humanas (...). Una de esas necesidades generales de orientación es sin duda la caracterización de individuos humanos. Las

gentes de todas partes han desarrollado estructuras simbólicas en virtud de las cuales las personas son percibidas no como meros o simples miembros del género humano, sino como representantes de ciertas categorías de personas, de clases específicas de individuos".

Para poder orientarme en la selva creada por los relatos de mis informantes, los ordené atendiendo sobre todo a las palabras con que designaban a los habitantes de América. A pesar de que fueron recogidos de personas educadas en medio socioeconómicos muy distintos, mostraban modelos de descripción muy homogéneos. Pero las fronteras entre los distintos modelos son ambiguas y en muchos casos sus características se entrecruzan. A esto podemos sumar el peligro que supone fiarse de las palabras.

Por mi formación en antropología Americana, he leído, visto y hablado mucho sobre los indios. Cuando empecé a recoger las primeras versiones de este particular imaginario americano, aquellas que representaban la noción "indio" me traían a la mente un compendio de imágenes y conceptos muy variados que tendía a extrapolar a mis informantes. Creí que estábamos hablando del mismo indio. Un día Marta me explicó que los indios eran negros y Elvira, al hablarme de lo que comían los canibales, me describió sus banquetes de plátanos y cocos, rompiendo con ello todo el orden de mi esquema mental. Los "indios" y los "negros", que yo consideraba por separado como palabra clave de dos sistemas de tipificación diferente, eran atributo el uno del otro y los "canibales", que en la mayor parte de las descripciones se habían caracterizado por el consumo de carne humana, unido a un entorno natural amenazante, volvían ahora convertidos en vegetarianos. ¿Hasta qué punto podía fiarme de las palabras?. ¿Era el ejemplo del "indio negro" una excepción de la regla o, simplemente, el resto de los relatos omitía una de las dos partes?. En otra oca-



sión María Angeles decía que se imaginaba América con muchas tribus, no con indios, sino con personas emplumadas. ¿Es que los indios no eras personas?

Según mis informantes hay trece tipos de habitantes que predominan en las descripciones sobre América. En algunos casos se presentan combinados (por ejemplo, es muy común que se piense que había indios y vaqueros y, ya menos frecuente, indios y negros o caníbales). Las posibilidades encontradas son: indios, negros, nativos, tribus, caníbales, prehistóricos, incas, vikingos y otros europeos (romanos, árabes), gente personas, hombres (mujeres y niños), habitantes y americanos. También existe otro grupo que se representa la América precolombina como deshabitada.



Aunque en un principio contaba con estas catorce categorías nominales diferentes para definir el mundo americano que me mostraban mis informantes, tras desglosar sus respectivas características, me di cuenta de que, de hecho, estaba manejando tres grupos de textos que exploraban los distintos discursos de la diferencia. El primero de ellos imaginaba una América sin habitantes. El segundo hablaba de un mundo de seres marginales a la sociedad, mientras el tercero presentaba ese mismo mundo poblado por seres excluidos de ella. Por otro lado, la figura de Colón se había convertido ya en mitológica, tomando prestado los atributos del héroe y, en algunos casos de semidios.

Es importante resaltar que solamente cuatro informantes de más o menos 200 culpan a Colón de la desaparición de los indios de América. Una de ellas es extranjera (polaca) y reside en España hace tres años; otra es una española negra hija de un africano y una madrileña; la última es una persona que tiene un compromiso de lucha contra el racismo, sensibilizada por los hechos que en este sentido han ocurrido últimamente en este país. Esta última cuenta: "América antes de Colón era

donde vivían los indios tranquilos y en paz. Cada vez iban más indios a América y cada vez Colón se hacía más grande. Cuando Colón se hizo mayor, América estaba llena de indios. Cuando salía en las noticias Colón no lo soportaba y se fue con sus hombre a América a luchar con los indios. Después de la batalla, Colón ganó y a América se fueron trasladando extranjeros" (Deti, 8 años). Salvo estos casos, que por sus características vivenciales pueden tener una sensibilidad especial hacia los pueblos oprimidos, existe un consenso general respecto a la heroicidad positiva de Colón.

Sin embargo, en España la palabra "Colón" tiene actualmente muchos significados, algunos derivados de la importancia histórica del personaje y otros del término gramatical. En el lenguaje coloquial, "Colón" significa "persona que no espera su turno en la cola, que se cuele", de ahí que se piense que "Se llamaba Colón porque siempre iba él primero" (David, 11 años). Del mismo modo, en el lenguaje urbano madrileño, Colón se ha convertido en una plaza y una parada de metro, ambos lugares bastante conocidos por los niños porque ahí se encuentra uno de los museos más visitados por la escuela: el Museo Arqueológico Nacional. Así, más que un descubridor famoso, es Colón un lugar, un espacio: "Erase una vez una isla llamada Colón", dice Raul, (8 años) o bien "Antes de que se descubriera América" (Ma. José, 8 años). Por otro lado, es la marca de un conocido detergente (llamado por algunos "el detergente de las Indias"), aunque las imágenes que genera tienen más que ver con la presencia de pestilentes "caníbales": "la historia de antes de descubrir Colón América empieza así: antes de descubrir Colón América había caníbales pero no son como nosotros porque nosotros nos lavamos pero ellos son unos cerdos, no se lavaban y para colmo oían que apestaban, no había detergente Colón pues normal. Entonces vinieron los marcianos arcoiris y le echaron una lucha, por supuesto

ganaron los canibales pero no por luchar porque al final no lucharon. Era de la peste que echaban nadie podía acercarse a ellos. Luego vinieron con unas máscaras antiolores pero no hacían nada y al final ganaron la guerra los canibales" (Laura Cano, 11 años).

Según la tipología de la marginalidad, desarrollada por Le Goff para estudiar la Edad Media, se puede distinguir, aunque realmente no haya fronteras precisas entre ellos, tres grupos de marginados: Los excluidos (criminales, vagabundos, extranjeros, suicidas y herejes); los marginados propiamente dichos (las personas venidas a menos, locos, mendigos) y los marginados imaginarios (monstruos, seres maravillosos).

La separación entre marginados y excluidos me parece más básica que la cuatripartita señalada por Le Goff. La existencia de desprecio en las actitudes de los estigmatizadores tanto hacia una como hacia otra categoría la invalida como elemento ordenador autónomo. Dicho de otro modo, todo ser diferente y subalterno es susceptible de ser despreciado. Por otro lado, me parece inoperante la distinción entre marginados reales e imaginarios ya que cualquier proceso de categorización es ya de por sí no real y lo que puede ser una relación imaginaria entre dos seres para el espectador puede entrar dentro de la más veraz de las realidades para el sujeto que los relaciona.

El esquema, modificado en ese sentido, me fue muy útil para comprender la *estrategia de caza* de mis informantes. Porque salvo muy contadas referencias, los habitantes de América eran tratados como unos otros inferiores. Sin embargo, como indicaban las palabras y los contextos, eran representados de forma distinta según el estereotipo de "otro inferior" al que hicieran referencia, según el lugar de la geografía mental donde estuvieran ubicados.

Antes de pasar a los propios textos, os comentaré que mis informantes sobre este tema son niños de ocho a doce años, de Getafe y Arturo Soria (barrios de Madrid), a los que

todavía no se les había enseñado historia en el colegio. Entre los años 1992-1993, les pedí que me escribieran textos sobre lo que ellos pensaban que podía haber en América antes de Colón. Si lo ignoraban, su imaginación podía suplir a la "verdad histórica" utilizando todos los útiles del "bricolage" intelectual. Así América auna, a su vez, a todos los pobladores y hábitantes posibles. Por influencia del repertorio de imágenes cinematográficas, es confundida en gran parte de los casos con África, paradigma de todo lo exótico-primitivo.

¿QUÉ HABÍA EN AMÉRICA ANTES DE QUE LLEGARA COLÓN?

a) "América antes de que la descubriera Colón estaba deshabitada" (Francisco Javier, 12 años):

Los atributos "deshabitado", "abandonado", "desierto", "solitario", "desconocido" y "sin habitantes" definen el espacio americano de más o menos la sexta parte de mis informantes. Para ellos, el pensamiento sobre la América prehispánica significa un remitirse a los orígenes míticos. Antes de la llegada de Colón, América era realmente un mundo recién creado en el que no había nada y era siempre de noche, donde el español actúa como héroe fecundador, un Adán en esta tierra de nadie: "*Desde entonces, gracias a Colón, hoy millones de personas viven en América*" (Ana, 10 años). Con él vienen los hombres, los nativos o los piratas, su llegada inaugura la historia, anulando la conquista y convirtiéndola en una gesta solitaria como la de Armstrong y Collings en la luna. Como ellos, tiene derecho a representar a su patria clavando su bandera.

Como ellos es recompensado y ensalzado por un acto cumbre al que se llega por penoso camino ("*Hasta que vino Colón y lo descubrió y sobrevivió durante el viaje*" Patricia, 11 años) y que prefigura el futuro del nuevo espacio des-



cubierto (*"Antes de que la descubriera Colón era una isla grande y hermosa llena de monos. De todo un poco y cuando llegó Colón la convirtió en una ciudad fea y horrorosa"*, Patricia, 11 años). También puede relacionarse con la historia de Robinson Crusoe en la desolación de su naufragio. Algunos textos resaltan la carencia de puertos de esa isla desierta que es América, transformándose la llegada a Colón con el fin de un viaje iniciático que obtiene como recompensa la posesión de la nueva tierra. El antes y el después de su llegada no son meros eslabones de un discurso histórico, sino que son desvinculados de sus conexiones horizontales para dotar a los hechos de una inexorable relación de causa-efecto, siguiendo una interpretación de la realidad que Auerbach, basándose en sus estudios sobre la literatura en Occidente, denominó "interpretación figural". La interpretación figural establece una relación entre dos acontecimientos o personas, por la cual uno de ellos no sólo tiene su significación propia, sino que apunta también al otro, y éste, por su parte, asume en sí a aquel o lo consume. Los polos de la figura están separados en el tiempo, pero en tanto que episodios o formas reales, están dentro del tiempo.

De hecho, la vinculación del comienzo del "mundo de los hombres" con la llegada de Colón también revela la imposibilidad de pensar en una evolución diferente de la propia. Todos son nosotros. No existe el paso de la naturaleza a la cultura más que una vez.

De hecho, otro grupo de tipificación vinculado con éste, presenta a los americanos prehispánicos como antiguos europeos (*"Antes de Colón yo creo que había vikingos o árabes"*, Verónica, 10 años). Otros textos hablarán de la presencia de romanos. Invirtiendo el título y la idea que guía el libro de Foster "El pasado es otro país", podríamos decir que la memoria mítico-histórica española está tan vinculada al continente americano que lo ha transformado en una etapa más de su propio pasado como territorio nacional.

En este caso las alusiones al hábitat existen solamente para plantear la lejanía temporal con el mundo actual, en una suerte de oposición entre el pasado bárbaro y el presente civilizado: "Primero estuvieron los vikingos. No había bares, ni coches, ni jardines. Sólo había caminos de tierra y unas pocas plantas" (Laura, 9 años). Los vikingos son los que mantienen las asociaciones más estables. Por influencia del cine, son presentados como hordas de bárbaros belicosos indisolublemente unidos a sus barcos: "En América había vikingos, barcos y el río Amazonas" (Patricia, 9 años). "Los vikingos se peleaban por nada" (Blanca, 10 años).

Aunque la topografía imaginaria de América es utilizada como contexto en la mayor parte de las descripciones que pude recoger, es cuando ella misma se considera objeto cuando se hace más evidente que estamos hablando de un espacio de marginalidad.

Ya Simmel, trataba las delimitaciones del espacio como hechos sociológicos más que geográficos². Al definir mis informantes la América precolombina como un **desierto** (*"Un desierto. América antes de Colón era un desierto con ramas (?) (según pienso yo) con animales pero no personas"*, Laura, 8 años, una **isla** (*"Era una isla pequeña con pocos árboles, animales salvajes devoradores de hombres"*, Agustín, 8 años) o un **selva** (*"la situó en una selva donde hay tigres, leones, monos, cocodrilos, panteras, koalas, etc. La selva estaría encima de una isla donde hubiera pantanos"*, Alba 8 años), no hacen más que recurrir a las metáforas que su cultura ha dispuesto para hablar de las **heterotopías**, los lugares de lo límite, ya escogidos por los eremitas como los idóneos para percibir la mirada de Dios, para simular el paraíso.

NOTA

² "Comparado con la naturaleza, todo límite es arbitrario, aún en el caso de las islas; pues en principio, el mar puede ser también objeto de posesión (...) El límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial" (G. Simmel: Sociología. Estudios sobre las formas de socialización. Tomo II, pág. 650 y 652).

El desierto ha jugado un importante papel en las religiones euroasiáticas (judaísmo, cristianismo e islamismo), representando valores de oposición a la vida urbana, como lugar de pruebas y de desarraigo. A partir del siglo IV, se convierte también en el escenario de epopeyas hagiográficas, santos que buscan la purificación sometiéndose a las tentaciones y a las experiencias límites. Para la espiritualidad oriental, al ser a la vez una realidad geográfica, histórica y simbólica es el lugar por excelencia donde se desarrolla lo maravilloso.

“El eremitismo occidental, en busca de desiertos geográficos y espirituales, parece haber preferido al principio las islas en el Mediterraneo, (...) donde la idea de desierto oscila entre una concepción paradisiaca y una concepción de sufrimiento y pruebas”. El mar se equipara con el desierto por su carencia de fronteras evidentes, la isla cumple la función del oasis. Su separación de la tierra firme y la circularidad de su abstracta representación geográfica hacen de ella un símbolo privilegiado de la autosuficiencia, de la privacidad.

La concepción mística de la geografía marítima, propia de países con amplias costas, se complementa con aquella que busca su ámbito de soledad en la *silva*, la selva. “En este mundo templado, sin grandes extensiones áridas, el desierto -es decir la soledad- será de una naturaleza enteramente diferente, casi lo contrario del desierto desde el punto de vista de la geografía física. Será el bosque”, dirá Le Goff.

El bosque se convierte en la Edad Media en el desierto institucional, que repelía y a la vez era deseable. Era el refugio de los cultos paganos y de los excluidos de la sociedad, el habitat de las narraciones caballerescas y también una reserva natural de riqueza. Dentro del sistema de valores del hombre occidental del medioevo, la selva-desierto se opone a la sociedad organizada. En el análisis, de corte estructuralista, que Le Goff realiza teniendo

como base las novelas de caballería y otras obras literarias, encuentra constantes contraposiciones entre *bosque* y *castillo* o *ciudad*. Frente al dualismo antiguo ciudad-campo, el medieval opone lo construido, cultivado y habitado a lo propiamente salvaje (mar, bosque, desierto); el mundo de la vida social frente al mundo de la soledad.

Tanto la fauna como la flora de estas Américas están condicionadas por el estereotipo orográfico y paisajístico elegido. Si el desierto impide que haya más plantas y animales que los insectos, la selva implica una gran profusión de animales “exóticos”. En todo caso, es la palmera la planta más representativa del imaginario americano.

La condición heterotópica de estos lugares de la imaginación configura actualmente el paradigma de lo exótico. El *topos* exótico es el espacio reservado para lo extremo: para la aventura, para el placer, para el miedo. Es el reducto de las realidades imposibles, de los milagros, de lo sobrenatural. Se relaciona con un tiempo en que era posible que la vida cotidiana participara de lo divino, de lo insólito. En su versión moderna, sedimentada por una amplia experiencia cinematográfica, es el lugar del peligro porque lo es de la soledad física o moral. Y, como Robert Warshow escribió, si algo hemos sacado en claro de la cinematografía es que es terriblemente peligroso estar solo.



b) Los marginados:

“Yo creo que antes de Colón venir a América tenía que haber guerra y mucha pobreza. También habría heridos y hasta muertos. Los pobres niños no tendrían juguetes ni ilusión por todos los malos” (Natalia, 11 años)

Cuando los habitantes de América son llamados por algún término genérico para denominar a los seres humanos: *gente*, *personas*, *hombres*, *mujeres* o *niños* suele desaparecer el exotismo de su hábitat. Se habla de ríos y

de lagos, de montañas y árboles a la europea, asimilando la tierra americana con el campo español. En cierto modo, podemos observar aquí la exotización del campo. Es común entre algunos niños del barrio Arturo Soria, mucho más inserto que en el barrio de Getafe en la vida urbana, decir que América era como el campo o que *"solo tenían métodos rurales y hacían los colores para sus ropas y sus plumas del sombrero con fresas, frutas y hojas verdes y marrones"* (Carmen, 11 años). Esta ruralización de América se ve complementada, en algunos casos, con cierto aire de "utopía ecológica": *"Los árboles estaban tan cuidados que no se les caía una hoja a no ser en otoño"*. (Sandra, 8 años).

Sin embargo, América no era exactamente como España. Los niños no tienen juguetes, ni colegio. Los hombres y las mujeres pasan hambre. Las palabras "pobreza" y "guerra" se reiteran en estos textos, como en tantos otros artículos periodísticos que nos hablan del Tercer Mundo. Los primeros americanos se hallaban en la misma situación de "subdesarrollo inhumano" que el autor de un manual de religión de 6º observa en la actualidad: "Sólo en América Latina existen 50 millones de analfabetos. Esta gran masa de hombres y mujeres habrán de seguir viviendo en situación de subdesarrollo inhumano, mientras la educación no les permita resolver los problemas del desarrollo económico y del progreso social" (Carmona 1983). Un subdesarrollo que muy bien podría sustituir como concepto a la barbarie en el esquema evolucionista, que pasa del salvajismo a la civilización.



Nos encontramos en la periferia de la sociedad occidental. Los humanos en la América prehispánica eran un *nosotros* disminuido, casi desfigurado, problemático. Sin embargo, mis informantes pueden reconocerse en ellos; sus diferencias no son ontológicas. Entonces ¿cuál es la naturaleza de su desigualdad?

Al referirme a la tipología de la marginalidad de Le Goff, incluía a este grupo de tipificación dentro de la categoría de los marginados frente a la de los excluidos. La esencia de la marginalidad es andar tanteando el borde del mundo socialmente ordenado. Si utilizáramos la metáfora funcionalista que representa la sociedad como un ser vivo, es decir, envuelto en una piel porosa que respira, el marginado estaría paseándose por la epidermis, mientras que el excluido lo haría por la dermis.

Los americanos marginales son definidos por sus carencias, y es en ellas donde se encuentra su desigualdad. Carecen de dinero, de educación, de paz, de gobierno. Pertenecen a "la clase de los pobres (que), particularmente en la sociedad moderna, constituye una síntesis sociológica muy particular. Posee una gran homogeneidad, por lo que toca a su significación y localización en el cuerpo social; pero carece de ella completamente en cuanto a la cualificación individual de sus elementos... Lo más terrible de esta pobreza... es el hecho de haber hombres cuya posición social es ser pobres, pobres nada más"³

Pero también pertenecen a la clase de los ignorantes y viven en un mundo inquietantemente vacío de leyes: *"Yo creo que la gente no sabía que hacer, dónde ir, dónde estaba. No sabían que eran en realidad. No vivían como personas normales, no sabían nada, no iban al colegio, etc"* (Esperanza, 13 años). Su infinito desconocimiento les convierte en seres anómicos perdidos en el tiempo.

Una representación colectiva sobre el otro de esta índole nos revela cuáles son los valores que la infancia madrileña atribuye a un buen representante de su sociedad: debe ser culto, con dinero y respetuoso del orden que garantiza el cumplimiento de la ley. Y, a pesar de ser en sus orígenes una actitud heredada de los misioneros, se ha transformado en un baremo⁴ con el que medir la ciudadanía.

NOTA

³ G. Simmel, Opus cit. pág. 519

⁴ En el sentido de barómetro

Esta mirada de la caridad cristiana nos presenta a Colón en la forma de un héroe pacificador: *"Cuando Colón llegó a América dejó de haber guerras"* (Francisco Javier, 9 años). Cuando se evoca su apariencia se le asimila a los fósiles y se remarca la tonsura de su cabeza.

c) Los excluidos:

"Indios con largas cabelleras y adornos de plumas de colores vestidos con largas hojas de cocotera. Alimentándose de cocos y piñas, sentados alrededor de la hoguera fumando la pipa de la paz y curando a sus enfermos con plantas medicinales. Hombres sin lenguajes y sin educación; con nombres raros. Pero eran hombres buenos y simpáticos" (Silvia, 11 años)

"Yo me lo imagino todo de arena y unas tribus indias haciendo fiestas. Los indios son negros y, en la montaña, vaqueros vienen a luchar contra ellos." (Marta, 12 años)

"Antes de que se descubriera era un hermoso bosque lleno de nativos. Había leones tan grandes como elefantes. Había grandes ríos de agua cristalina donde se bañaban los animales y los nativos" (Silvia, 11 años)

"En América antes de Colón era como una selva, con muchos animales y mucha vegetación y con alguna tribu y cosas como las de las películas de selva" (Cristina, 11 años)

"Antes de Colón era una isla donde habitaban negros pintados de colores con sus hijos y sus mujeres y chozas. Estaba lleno de plataneros, etc. Los negros se alimentaban de pescado, plátanos y cocos. Sus aguas eran verdes azuladas y muy bonitas" (Patricia, 12 años)

"Yo me imagino que América antes de descubrirla Colón eran como dos islas muy grandes donde había toda clase de plantas y monstruos. Allí había palmeras, cactus, flores venenosas, árboles que con sus ramas te cogían enrollándotelas por tu cuerpo y te dejaban en su copa hasta que murieras, también habría tribus de canibales que se comían unos a otros, panteras de colores vivos, gorilas con un ojo, osos con dos cabezas, hormigas gigantes (...)" (Cristina, 11 años)

Las categorías de *indios, negros, nativos, tribus* y *canibales* y sus combinaciones multirraciales, los excluidos, presentan distintos ejemplos de la reactualización del mito del hombre salvaje. Los hombres no civi-

lizados están tan integrados en su habitat que forman parte del ecosistema y son descritos como tales. Su ignorancia es inherente, como también lo es su primitivismo.

El canibalismo es concebido como la forma más brutal de ser hombre y es asociado comúnmente a la "natura horrenda" (aunque como he dicho anteriormente también aparecen formas de canibalismo ficticio). Su conducta remarca las acciones que, según el pensamiento español, son antinaturales: *"Cuando se casaba alguien lloraban y se ponían tristes y cuando moría alguno se reían y se alegran"* (Elvira, 11 años). De hecho, en una inconsciente analogía, a veces se les, llama *carnivales*, lo que, en una interpretación literal, podía ser "los hombres del carnaval", de la inversión.

Junto con los caníbales, son, las "tribus" las que representan el grado extremo de fusión, natural (y por lo tanto de salvajismo). Al hablar de ellas se emplean las taxonomías propias de la descripción zoológica. Se describe cual es su alimentación, que suele consistir en carne cruda y fruta y aparecen asociados a animales salvajes. A veces, muestran una apariencia atemorizadora: *"Los de la tribu tenían la cara pintada y daban algo de miedo, por la noche hacían, ruido con los tambores parecido a los de las películas"* (Verónica, 11 años).

Los nativos, aunque comparten con los habitantes de las tribus su adaptación al hábitat, son relacionados más con una postura intencionalmente ecologista: "América es como en la prehistoria, hombres nativos (...) como en una isla con trajes antiguos, pero no sé, todo limpio y cuidado" (Cristina, 11 años).

Más que la alimentación, que es similar a la de las tribus, se describe su vestimenta, remarcando el "made-by-himself" que se corresponde con el ecologismo autogestionario.

Los negros y los indios participan de los estereotipos que se asocian a las tres categorías anteriores. Algunos de los textos remarcan su peligrosidad: *"Yo creo que había una isla*



preciosa, pero había unos negros que el que pasaba por allí le mataban”, Antonio, 11 años; “Había indios salvajes y mucha vegetación. Animales, playas y palmeras con cocos, monos. Ellos eran muy salvajes”, Julio Jesús, 10 años; y su vida “irreal”: “Sin tiendas para comprar, solamente hacían ellos el pan con arena y agua”, Paloma, 10 años; “Habría indios. Debía ser un país muy raro y descontrolado”, María 10 años; otros su taxonomía naturalista: “Yo creo que había parecido a una selva con muchos árboles, matorrales, ríos y unos cuantos negros”, Ana, 12 años; “Erase una vez una isla con indios y con muchos animales como monos, leones, tigres, elefantes y cocodrilos”, David 8 años; otros su vida ecologista: “Casas de paja, sin contaminación, sin coches”, Paloma, 10 años; “Yo creo, que sería un tierra pobre, poblada de indios y desconocida por las demás gentes o tribus. A pesar de ser pobres, era una tierra rica en árboles y vegetación”, Laura, 11 años.

Sin embargo, cuando la palabra “indio” se transforma en “inca” (único pueblo indígena conocido) o en “indios occidentales”, el nivel de respeto como igual aumenta: “Antes de que Colón descubriera América allí había indios occidentales. Tenían muchas cosas que nosotros no teníamos. Había inventos, animales nuevos y comidas nuevas. Allí siempre había paz me imagino. Puede que hicieran sacrificios a los dioses. Les enseñaban muchas cosas nuevas a la gente”, (Fernando, 10 años). Prácticamente no existen referencias al hábitat. Su entorno vital es la historia

Es muy importante la relación que en el imaginario infantil tiene América con África.

El problema de la mano de obra esclava traída desde este continente, problema que ha generado un amplio repertorio cinematográfico, ha podido ayudar a conformar la imagen del negro americano como una imagen autóctona frente a la blanca. A esto se suma la influencia de las películas de selva desde “Las minas del rey Salomón” y “Tarzán” hasta “Indiana Jones”, que dan la pauta de como

debe ser el “negro primitivo” que podría acomodarse a la antigüedad que mis informantes atribuyen al descubrimiento de América.

En el caso de los indios, el imaginario cinematográfico que presenta mayor influencia sobre el estereotipo es el Western, al que Warshow llamó “el folklore del pasado del pueblo americano”. La importancia de lo visual (las descripciones plásticas del hábitat como si se tratara de un cuadro en movimiento) frente a lo textual, de la forma frente al contenido, parece influir de modo fundamental a la hora de establecer los atributos que rodean a cada grupo de tipificación. Y este hecho, probablemente está modificando también el concepto de historia de las nuevas generaciones.



A MANERA DE CONCLUSIONES...

Es importante también resaltar que América cuando es un lugar plurirracial es un lugar cuajado de peligros. Los caníbales se comen a los indios, los vaqueros atacan a los pieles rojas y aunque los nativos e indios convivan bajo las palmeras, los negros desaparecen devorados por los monos que se ven obligados así a jugar ellos solos, comportándose como hombres. La imaginación española, educada en la relativa homogeneidad, percibe como inquietante y difícil la convivencia de las distintas culturas. Esto, que puede verse superficialmente como un enfrentamiento entre estereotipos cinematográficos o literarios (¿cómo conjugar el paisaje y las luchas del “Western” con los derivados de las películas de Tarzán?), puede hacernos sospechar también su falta de preparación para, asumir, las exigencias de un mundo, que tiende a la multiplicidad de razas dentro de las fronteras tradicionalmente nacionales.

Frente a las tribus negras que aparecen como guardianas de tesoros, nos encontramos con un Colón aventurero y pirata. Esta figura motiva de tal modo la imaginación que, en al-

gunos textos, Colón aparece volviendo con el botín a Inglaterra al igual que Drake: *"Volvieron victoriosos a Inglaterra. Colón tenía a la reina y le demostró que la Tierra era redonda como una pelota"* (José Miguel, 11 años).

En la lógica de mis informantes, la piratería es posible gracias a la peligrosidad de los habitantes, lo que convierte en heroica la lucha por su adquisición.

El Colón que se relaciona con los indios puede adoptar también la figura de un rey, siguiendo el mito cinematográfico de que cualquier extranjero blanco puede ser rey entre los primitivos: *"En América antes de Colón había indios con plumas de muchos colores, árboles con plátanos y alguna casita solitaria que estaba muy es:ropeada pero cuando los indios la arreglaron quedó muy bonita y vivieron allí un tiempo hasta que reinó Colón y lo convirtió en América todo"* (Leticia, 10 años).

Dentro del grupo de los marginados, son especialmente interesantes aquellos relatos que muestran América en el pasado como un lugar de cuento donde todo es posible.

Es el espacio propio de los milagros, lo sobrenatural. Monstruos, marcianos, seres maravillosos y figuras míticas se pasean por estas tierras. Concebida intencionalmente como una invención, o modelada con la más real de las conciencias, esta América se relaciona con un tiempo en que era posible que la vida cotidiana participara de lo divino, de lo insólito.

América es a la vez el país donde el conejo llevó a Alicia y Jauja, el lugar de la abundancia exuberante sacado de los sueños de todos aquellos que fueron al territorio americano a hacer fortuna.

Esta última imagen revela a América como el lugar del deseo: "Antes de que Colón llegase y descubriese América, había un gran país lleno de helado, si, aunque parezca imposible, había helados gigantes de 60 metros o más.

Había de todos los sabores: fresa, limón, frambuesa, melocotón. ¡hasta King Kong se podía dar un banquete!. Cuando llegaba el calor los helados se derretían y formaban ríos de sabores. Cuando un helado se derretía, todos los americanos cogían con sus cubos

un poquito y lo metían en la nevera y iya está: bloques de helado instantaneos!. A mi me hubiera gustado vivir allí" (Daniel, 10 años).

"Antes de que Colón descubriera América, había una tribu con casas de chocolate. Allí había un ring. Allí hacían lucha libre. El campeón era Kawakisi. Allí había también un pájaro que se llamaba Fénix. Había Caballeros del zodiaco. Había equipos de futbol y baloncesto. Había un hombre que media siete metros" (Miguel angel, 10 años).

A veces Colón adopta la figura de un héroe de la mitología clásica: "Había una mujer mitad mujer mitad diablo que tenía el poder de seis animales salvajes. Era una isla preciosa y cada marinero que pasaba moría hasta que llegó Colón y mató a la mujer..."

(Alberto, 11 años). *r*



BIBLIOGRAFÍA

CARMONA, Vicente. 1983. *Dios a nuestro encuentro*. Editorial Educativa,

Madrid

EVANS-PRITCHARD E. E. 1961. *Kinship and marriage Among the Nuer*. Oxford University Press.

FIRTH, Raymond W. 1964. *Family and Kinship in industrial Society*. British Association for the Advancement of Science

FOSTER, George. 1972. *The Anatomy of Envy: A Study in Symbolic Behavior*. Current Anthropology.

GEERTZ, Clifford. 1995. *La interpretación de las Culturas*. Editorial Gedisa, Barcelona. ISBN: 84-7432-090-9

SIMMEL, G. 1986. *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Tomo II. Editorial Alianza Universidad, Madrid